

DISCURSO EN REPRESENTACIÓN DE LOS HOMENAJEADOS POR XXV AÑOS DE SERVICIOS AL CSIC.



ALFREDO ALVAR EZQUERRA.
PROFESOR DE INVESTIGACIÓN. INSTITUTO DE HISTORIA.
MADRID, CSIC, 25-XI-2015

«–La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida, y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres» (Q, II-LVIII, 466^a),

Exmas personalidades; ilustrísimas personalidades; doctores y licenciados, científicos, técnicos y gestores; sras., sres. familiares. Amigos todos.

He evocado las palabras de Cervantes sobre la Libertad, no de manera gratuita al empezar esta alocución que me cabe el honor de dirigirles en nombre de los que hemos cumplido 25 años de servicios al CSIC.

He evocado las palabras de Cervantes sobre la Libertad con plena conciencia e intención hoy, Día Internacional de la Eliminación de la Violencia contra la Mujer; hoy, también, día en el que por ciertas capitales de Europa vuelve a estar desplegado el ejército.

Sin Libertad no hay producción científica posible o de calidad garantizada, toda vez que indefectiblemente, en algún momento del trabajo, al investigador se le advertirá de que está entrando por sendas innecesarias de transir, o sencillamente, prohibidas... porque no están en el Libro.

Pero la Libertad ha de ir vinculada a la creencia en ella misma. Y la Libertad, que es una vulnerable estatua de vidrio, ha de ser custodiada por todos los miembros que individual o institucionalmente componen una sociedad. En estos días debemos custodiarla permanentemente, no sea que nos la quiebren para siempre.

La libertad no vive de proclamas, sino de hechos cotidianos. Como el ejercicio del trabajo científico.

Quienes aquí estamos, a los que hoy se nos reconoce por nuestra Institución, llevamos a su servicio y en términos históricos, un cuarto de siglo. Un cuarto de siglo haciendo ciencia, gestionando su ejecución, y viendo cómo se ha hecho, o viviendo –y en ocasiones sufriendo- cómo se ha querido que se hiciera. Hemos sido becarios, y algunos jóvenes nos reconocen ya por sus “maestros”. Por ende, los aquí reunidos cabe la posibilidad de que tengan, desde que nacieron a día de hoy, más de medio siglo a sus espaldas soportando y sobrellevando las cargas –que no son ligeras- que la vida impone. Mujeres y hombres ya talluditos que se merecen este reconocimiento y aún más, la confianza en su capacidad de hacer, experimentar, pensar, diseñar, observar, trabajar, y ejercer el magisterio científico tan buenamente como les permiten los recursos económicos y humanos que se ponen a su disposición.

Y el trabajo científico –y su administración- se ha ido tornando en una hercúlea labor, como la supervivencia cohesionada de toda la sociedad española. Porque si hubiere de destacar una sola virtud, por dar un titular de prensa, una sola virtud de las muchas que nos adornan, diría que esa es la abnegación. La otra, la paciencia. “Dame paciencia, Señor, pero dámela pronto” dice un socarrón adagio castellano.

Ahora bien, afortunadamente, murió ya la generación del 98, la del famoso “Que inventen ellos”. Hogaño, en tal disparate sólo pueden creer quienes posean una mente cauta, o sean mentecatos, sin haberse parado a pensarlo, ni a darse cuenta de su inenvidiable *humana conditio*.

A los científicos de estas 8 áreas que componemos el CSIC, a las más de 14.000 personas que trabajamos para el CSIC, de los que más de 3.000 somos investigadores de plantilla y estamos distribuidos por unos 130 institutos por toda España, nos encanta cuando se nos tiene en consideración: libertad de gestión y menos burocratización, financiación, divulgación científica, reconocimiento institucional, nacional e internacional... apoyo, apoyo y otra vez más, apoyo y a ser posible, pocas novedades. Un anónimo, a caballo entre los siglos XVI y XVII, escribió: "No hay cosa más aborrecible en los gobiernos que innovar las cosas [a las que] la antigüedad había dado reputación".

Una de las peores debilidades que tenemos es el acceso a los jóvenes con vocación científica, porque ya se encargan desde la micropolítica de los departamentos universitarios, de bloquearles el camino hacia nuestras instalaciones. Habrá que remediarlo.

Como habría que remediar la insensibilidad de la sociedad española hacia las condiciones científicas de sus investigadores, mujeres u hombres, salvo cuando toca llevarse las manos a la cabeza. Habrá que remediarlo.

Aunque el remedio ahí está sólo en la audacia política, en el coraje político que nos distancie de tiempos pasados: Hace ya unos siglos Alfonso X mientras miraba las estrellas, tuvo una visión, acaso una alucinación: "La ciencia es don de Dios y por ende, no debe ser vendida. Así como los que la tienen la hubieron sin precio y por gracia de Dios, así la deben dar ellos a los otros, de buen grado", máxima medieval que tiene su tradición, aunque paulatinamente la hemos ido acorralando.

Vivimos tiempos recios, y podemos y debemos asumirlo pues somos funcionarios o contratados del Estado, pero es que los que estamos por aquí hemos vivido ya muchas veces muchos tiempos recios y de hierro, y pocos de seda y oro.

Y, sin embargo, algo tendrá esto de dedicarse a la Ciencia, que llevamos un cuarto de siglo investigando en todo cuanto contribuye a engrandecer la curiosidad humana, su mente y su cuerpo. Al hilo de lo que escribió Ramón y Cajal, son sagrados los tónicos de nuestra voluntad.

¿Será que nos dedicamos a ello ciega e incomprensiblemente porque en su día nos acogió el Consejo Superior de Investigaciones de Científicas?

Será eso. Será que principios éticos como la lealtad humana (en sus múltiples direcciones), o sentimientos como el orgullo por el trabajo bien hecho, son algunas de las virtudes de los que componemos esta institución.

Será que con paciencia, voluntad, lealtad, superamos las ansiedades de aquella persona que sentía la presencia de algún fenómeno sobrenatural junto a sí, cuenta Santa Teresa en su *Castillo interior*, y se desesperaba porque “el entender las palabras no era cuando ella quería, sino a deshora, cuando era menester”, cuando se le revelaban las palabras. Como si de método científico se tratara.

Ya termino. Un ilustrado español que no quiso ser ministro cuando los franceses se lo propusieron, y declinó el ofrecimiento antes de la batalla de Bailén (después no habría tenido mucho mérito), un ilustrado español, que no era –pues- afrancesado y que se llamó Gaspar Melchor de Jovellanos, escribió en su *Diario*, las vivencias de su magisterio desde el Real Instituto Asturiano de Náutica y Mineralogía de Gijón el miércoles, 15 de enero de 1794.

“Bellísimo día. Nuevos alumnos y faltan libros.

Algunos se sientan de dos en dos [se parean].

Hay alistados treinta y ocho alumnos y trece oyentes. Por la tarde les dicto y explico esta lección: “Sólo el hombre es capaz de hablar, y en este privilegio ha recibido del Creador dos grandes ventajas: Primera, la de comunicar a sus semejantes sus más íntimos sentimientos. La segunda, la de percibir de sus semejantes sus más íntimos pensamientos. De entrambas ha resultado la perfección de la razón humana, la cual no puede extender sus ideas, ni compararlas ni perfeccionarlas, sino por medio de la palabra o del discurso.

Les expuse ampliamente esta doctrina, pero el viernes les inculcaré más y más”.

Muchas gracias por el honor que se me ha concedido. ¡Ha merecido tanto este cuarto de siglo al servicio de mi comunidad científica -que sois todos- que puedo decir y exhortar con orgullo, Vive la Ciencia!

